



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Conversión a lo sencillo

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 6, 1-6 (14º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 8 de julio de 2018)



La expectativa en el pueblo iba creciendo de día en día ante la inminencia de la llegada de un misionero itinerante que, según la opinión de los pobladores de los pueblos vecinos, era diferente a los demás pues lo que pensaba, decía, sentía y hacía formaban un todo coherente y lleno de sentido y verdad. Todos querían escuchar su palabra y estaban ansiosos de presenciar alguno de los signos maravillosos que, decían, era capaz de obrar en las personas necesitadas que se acercaban a él.

Rodeado de sus discípulos acudió al centro neurálgico del pueblo, la sinagoga, para compartir su vida y su misión. La gente se admiraba de la fuerza de sus palabras porque, a diferencia de la de otros predicadores, estaban llenas de autoridad y de verdad. La multitud también se admiraba de los milagros de sus manos, del poder de sanar que emergía de este hombre de mirada transparente y porte sencillo que se rodeaba de humildes pescadores y de jornaleros provenientes de las periferias. Los rumores y los comentarios positivos iban creciendo hasta cuando alguien del pueblo reconoce la identidad de aquél misionero itinerante: es Jesús, el hijo del carpintero... uno nacido entre nosotros, tan pueblo como nosotros. La revelación de la identidad del misionero itinerante sembró de dudas a las gentes del pueblo y de la admiración se pasó a la desconfianza: este hombre, uno de los nuestros, uno que hemos visto crecer y del que conocemos su familia no puede tener la autoridad que dicen que tiene y no puede hacer los signos que hace.

Atrapados por el síndrome de lo espectacular. Los ciudadanos del siglo XXI, al igual que los paisanos de Jesús, nos llenamos también de dudas y de desconfianza ante la aparición de líderes y profetas provenientes de las periferias, de países emergentes y de ambientes sencillos y cotidianos. Sucumbimos con cierta facilidad a la tentación de dar excesivo valor a lo espectacular y a la capacidad de influencia mediática que tengan las personas susceptibles de nuestro voto de confianza. En el ámbito creyente, los fenómenos mediáticos a quienes nos adherimos a veces de manera acrítica -sin negar que detrás de muchos de ellos hay verdad y sinceridad-, corren el riesgo de ocultar o por lo menos de hacer menos evidente la razón última de su misión que es el anuncio de la persona de Jesús y su proyecto del Reino. No son pocas las veces que la parafernalia

del lenguaje de la comunicación de masas eclipsa el contenido del anuncio y pone de relieve al predicador y su capacidad de impacto. Como dice un buen amigo jesuita, nos quedamos con el envoltorio y dejamos de lado el caramelo.

Conversión a lo sencillo. Jesús, dice el Evangelio, no pudo hacer ningún milagro en medio de sus paisanos y se aterró de su falta de fe. Los ojos de quienes le conocían desde siempre eran incapaces de reconocer en el gesto sencillo y en la humildad del paisano la grandeza de Dios. No podían imaginar que el Dios creador de todo se pudiese manifestar a través de personas y gestos marcados de cotidianidad y cercanía, de personas y gestos llenos de calor y acogida, de fraternidad y convivialidad. Preferían, quizá, mantenerse detrás de las vallas que separan a las personas “normales” de aquellas que vienen con un hálito de grandeza y precedidos de la fama y los titulares de prensa: líderes intocables, iconos de la fama y de la moda pero efímeros como la espuma.

Pero el lenguaje de Dios es distinto. Él se comunica a través de lo sencillo y lo cotidiano, de la palabra amable y el gesto acogedor; de la sonrisa tierna y el abrazo reparador; de la mesa compartida y la conversación distendida.

En esta época, marcada por el desarrollo de los medios de comunicación y del influjo de las redes sociales, creo que vale la pena **recobrar el valor de lo doméstico** y evangelizar nuestra mirada para que seamos capaces de reconocer, en lo germinal y marginal, la grandeza del Dios que nos llama a ser artesanos de un mundo lleno de nombres y de historias aunque no sean ni reconocidos ni famosos.

Una palabra final para quienes, de alguna u otra forma, estamos en el tajo del anuncio del Evangelio: predicar desde la cercanía con el pueblo es mucho más exigente que desde las plataformas de los medios pues la cercanía, aunque es profundamente gratificante, pone en evidencia nuestras incoherencias y nuestras flaquezas. El lenguaje de la cercanía y del encuentro multiplica las adhesiones pero no está exento de pasar inadvertido ante quienes son incapaces de abrirse al Dios de las sorpresas y permanecen obnubilados por el esplendor de la fama.

Jesús tuvo que irse de su pueblo porque desconfiaron de él. Pidamos al Dios de la Misión que nos abra los ojos para ser capaces de reconocerlo en el rostro sencillo y humilde de quienes él pone en nuestro camino como portavoces de su verdad.